

Alberto Cedrón (Buenos Aires, 1938) formó parte de aquella constelación de grandes dibujantes - integrada también por Carlos Alonso, "Fredy" Martínez Howard, y Cachete González entre otros - aparecida en la rica y fecunda década del 60.

Pero circunscribir la tarea de Cedrón nada más que al dibujo sería limitar la prolífica obra que - con la versatilidad que siempre caracterizó a su arte- se extendió también al muralismo, la pintura, el grabado, la escultura y la cerámica, con la sobreabundancia imaginativa que manifestaron sus figuraciones, a lo largo de su trayectoria.

Inquieto y aventurero, ya desde su juventud emprendió innumerables viajes para saciar su desasosegada curiosidad. Todavía puedo recordar su viaje al Matogrosso, hacia fines de la década del 60, donde convivió con los indios de la región. Pero hablar de sus innumerables viajes excedería los límites de esta presentación; sintetizando, diré que residió en diversos países de América y Europa haciendo esporádicas apariciones por Buenos Aires hasta que las circunstancias políticas de mediados de la década del 70, lo empujaron a su más largo viaje por Europa hasta recalar en Lisboa, ciudad en la que residió muchos años.

Es obvio que por estas características, en los últimos 30 o 35, años de Alberto Cedrón apenas si vimos unas pocas exposiciones individuales o su participación en algunas colectivas, razón por la cual su nombre no ocupa el espacio que merecería en nuestro medio, que desconoce su vasta producción, diseminada a lo largo de los países donde residió.

Hoy, después de su intenso periplo vital, el artista pareciera haber anclado en Buenos Aires definitivamente y presenta ésta, su primera exposición individual, después de su prolongada ausencia.

La imaginativa complicitad entre imágenes y palabras recorre estas pinturas cuyo punto de partida ha sido el recuerdo de la viva impresión que le causaron al artista - durante una breve residencia en el Paraguay hace muchos años - los asombrosos carteles anunciando los más dispares productos, sin duda una auténtica manifestación del pop-art de nuestra región.

La visión de aquellos carteles encontró hondas resonancias en el artista, al extremo que desde entonces su estética se implicó con aquellas imágenes, manifestando un extraño maridaje entre sabiduría y primitivismo. Dicho en otros términos, Cedrón ha sabido encontrar al niño que todos llevamos dentro para arribar a la gracia y la frescura de estas obras en las que grafías y personajes no pueden más que arrancarnos la risa a veces plena, a veces sombría. En cualquiera de los casos, se trata de imponderables encuentros que terminan configurando al fin, con un fraterno gesto, este magnífico imaginario que nos invita al humor y a la celebración.

Raúl Santana

Buenos Aires, Agosto de 2005